



CURIOSA RELACION

*En que se refieren los amores del Capitan Don Cárlos,
y portentosos lances que sucedieron á su esposa*

DOÑA JUANA MERINO.

Quien de Cupido se fia,
 y en él pone su esperanza,
 vive ciego en este mundo,
 y como niño le engaña.
 Por él se ven mil desdichas,
 fatalidades, desgracias,
 muertes, ruidos y afrentas,
 y sus almas arriesgadas
 á padecer graves penas
 sepultadas en las llamas.
 No tengo mas que decir:
 esta insinuacion ya basta
 para persuadir al vulgo
 lo que del amor se saca.
 En prueba de ello, pretendo,
 si me dan atencion grata,
 referir á mi auditorio
 una maravilla rara
 en la prodigiosa historia
 de dos que finos se amaban.
 Pido su auxilio y amparo
 á la Trinidad sagrada,
 Padre, Hijo, y Amor divino,

para que con su eficacia
 despierte mi entendimiento,
 y pueda en breves palabras
 explicar á los que oyen
 esta prodigiosa hazaña,
 que en anales no se ha visto,
 ni en los archivos se halla.
 Fue el caso, que á una Señora
 de sangre calificada,
 natural de Zaragoza,
 cuyas fértiles campiñas
 fertiliza el rio Ebro
 con sus cristalinas aguas,
 la persiguió la fortuna,
 que á muchos sigue contraria.
 Llegó á esta ciudad gozoso
 un Capitan de gran fama,
 galan discreto, y tan noble,
 como lo dice su fama.
 Con licencia de Felipe,
 Monarca augusto de España,
 puso su sitio y bandera
 en frente de las ventanas

173

de aquella noble señora:
y un domingo de mañana
por entre rayos de luces
vido una rosa temprana,
retratándose á un espejo,
que al claro cristal empañá
la hermosura de sus ojos,
de su frente y de su cara.
Tiró Cupido una flecha,
y él entre mortales ansias
cortés se quitó el sombrero,
y hasta el suelo se postraba,
diciéndole en mudas señas
lo que no puede en palabras:
soy muerto, bella señora,
si tu amor no me rescata
la vida que me has robado,
que en mi noble pecho estaba,
con esas vivas centellas
que de tus ojos exhalas.
Correspondióle al instante
muy discreta y cortesana:
en fé de ser mi marido
á todo estoy arriesgada;
pero por otro camino
será nula la esperanza.
Don Carlos viendo su dicha,
luego aceptó la palabra:
prosiguieron sus amores
con villetes y con cartas.
Al cabo de poco tiempo
de nuestro Real Monarca
vino una órden espresa,
para que á Flandes se vaya.
Dióle á su prenda noticia
de lo que le precisaba;
y entre los dos dispusieron
salir ella y él llevarla.
A diez y nueve de Mayo
puso su gente en campaña,
mandando á sus Oficiales
prosiguieran su jornada;
mas volviendo aquella noche,
echó al balcon una escala,
y la dama ya en aviso
no puso mucha tardanza.
Vino á este tiempo la ronda,
que seguia sus pisadas,

le cercan y reconocen,
y el Señor Virrey le habla,
que si despachó su gente
cómo no va en su compañía:
y era preciso dar cuenta
si al instante no marchaba;
y le dió cuatro ministros
para que le acompañaran,
y hasta dejarle en su tercio
que no le desampararan.
Vamos ahora á la niña,
se asomó cuando pasaba
un buen hombre que venia
con una yegua alazana,
y juzgando ser Don Carlos,
con un ceceo le llama,
diciéndole que parase,
y en un cofre le arrojaba
mas de doce mil escudos
enprendas, joyas y alhajas.
El creyó ser su fortuna,
con que al punto de allí marcha;
bajó veloz á la calle,
y no hallándole la dama,
llora, suspira y solloza,
y asi lastimosa esclama:
ay desdichada de mí!
cuánta ha sido mi desgracia,
que fui la muger mas fácil
que en todo el mundo se halla.
Supuesto que estoy perdida,
yo he de seguir sus pisadas:
púsose á su rostro un velo,
y á las puertas se llegaba
de una viuda conocida,
y su ropa le entregaba,
pidiéndole que el vestido
de su esposo le entregara.
Vistióse un paño grosero,
alpargatas y polainas,
con una montera vieja,
y salió desesperada,
diciendo que era soldado:
llegó á la raya de Francia
con otros cuatro mancebos;
pero viendo que les falta
el sustento necesario,
luego de buscarlo tratan.

7. 22. 304

Llegaron tarde á una venta,
donde les dieron posada,
más aquella misma noche
mataron al amo de casa,
y á la ventera dejaron
en un porte maniatada.
Robaron cuanto encontraron,
toman el camino y marchan,
y á la vista de Leon
en una quinta descansan,
y dieron tambien asalto,
robando el oro y la plata.
Una noche de San Pedro,
dentro la corte de Francia,
robaron tres mercaderes,
y porque no los buscaran
los envian por la posta
á donde la muerte aguarda.
Se salen para Tolon,
y á dos peregrinas hallan:
quisieron burlarse de ellas,
y ella defendió su causa,
pues á un compañero suyo
dió dos fuertes estocadas,
y á otro de un pistoletazo
les dejó el cuerpo sin alma;
yéndose las peregrinas
rindiéndole muchas gracias.
Luego trató de embarcarse,
porque ya se recelaba:
llegaron las tres á un puerto
que una nave se aprestaba
para levante, y en ella
su viage concertaba.
En aquella misma noche,
ella y sus dos camaradas,
tuvieron un gran convite
de pasteles y empanadas,
brindando muy á menudo,
mas ella no lo gustaba.
Los dos perdieron las fuerzas,
y como el sueño les llama,
se retiraron á un cuarto,
y á las dos de la mañana
tiraron pieza de leva,
y á los dos les escusaba
del viage, pues murieron
á los filos de una daga.

Cargó con cuanto tenían,
y á favor del viento marcha.
Llegó á dar vista gozosa
al puerto que deseaba,
con novecientos doblones,
y mucha moneda en plata.
Paseábase gustosa,
comia y se regalaba:
siempre con los militares
era toda su morada;
y estando sentada un dia,
conoció un Cabo de escuadra
del tercio de su querido.
Llegó, y trabando palabras,
razones traen razones,
con que conoció la dama
que no era causa Don Carlos
de todo lo que le pasa.
Correspondió agradecida,
que allí tiene su posada,
que en cuanto se le ofreciere
por él sacará la cara.
Al otro dia siguiente
se compró una rica gala,
un colete de ante fino,
y una rica espada y daga:
se fue con otros amigos
donde está el cuerpo de guardia.
De que el Capitan la vido,
á sus Oficiales manda,
que le llamen aquel mozo,
porque mucho le agradaba.
Preguntó si era español;
y ella cortesana le habla,
que desde su nacimiento
noble español se llamaba.
Con súplicas y dineros
al instante sentó plaza:
en un meson la alojaron
con su patente firmada;
y estando comiendo juntos
conoció algunas alhajas,
y el huésped le dijo: amigo,
tambien yo he estado en España,
en Alicante, en Valencia,
en Castilla y en Navarra.
Y una noche en Zaragoza
por cierta calle pasaba

á caballo en una yegua,
cuando por una ventana
de secreto me llamaron,
y en un cofre me arrojaron
cuanta riqueza poseo,
y tambien compré esta casa.
Disimuló cuanto pudo,
y así que en claro lo saca,
con una daga furiosa
le abrió tres puertas al alma.
A las voces y al ruido
acudió el mozo de casa
para quererla agarrar;
pero de una puñalada
le pagó con el acero
la codicia que llevaba.
Vino toda la justicia,
y rindiendo ella las armas,
la metieron en la cárcel,
y sustanciada la causa
la sentencian á que muera.
Y un mártes por la mañana
la sacaron de la cárcel
con mucha gente en compañía,
y una Compañía entera
de Soldados en su guarda.
Y cercana ya al suplicio,
á un Religioso le encarga
que le llamase á Don Cárlos,
Capitan de aquella escuadra.
Vino, y le dijo: Don Cárlos,
mal vuestra nobleza paga
todas aquellas finezas
que en Zaragoza apreciaba.
Y él respondió: hermano mio,
mire el puesto en que se halla,
repare que vá á morir.
Pues, señor, vos sois la causa.
Replicóle: de qué suerte?
Señor, yo lo digo y basta.
No recordais los favores,
las penas, fatigas y ansias
que por mí habeis padecido?
Quién os dió aquesa esmeralda
que llevais en ese dedo?
Con quién tan dulces palabras,

con quién tan tiernos requiebros,
con quién quedó efectuada
palabra de casamiento?
Aqui está la desdichada
de Doña Juana Merino,
en quien vos idolatrabais.
Siquiera por ser muger,
hoy vuestro auxilio me valga,
que ya conoceis el tronco
de mi noble sangre y casa,
y si no bastan razones,
aqui me teneis postrada.
Vertiendo mares de perlas
sus ojos manifestaba:
arrojóse y abrazóla;
y á la Compañía manda
que pusiesen bala en boca,
y en un convento la entraba,
ofreciendo su cabeza
por librar aquella dama.
Escribieron á sus padres,
y con testigos aclaran
las razones que mediaron
con el huesped de la casa:
embargaron cuanto habia,
prendas, joyas y la casa.
Vino su padre y su tio
para llevarla á su patria;
mas ella firme responde:
que su intento es ser casada
con el Capitan Don Cárlos,
pues que tanto le costaba.
Gustoso el Señor Obispo,
mandó que los desposaran:
y con fiestas y torneos
las bodas se celebraban.
Nuestro Rey que supo esto,
á Don Cárlos adelanta
para Maestro de Campo,
porque le estimó la hazaña.
Escarmienten las mugeres,
reparen en Doña Juana,
que anduvo rodando el mundo
con su honra acrisolada,
hasta que la dejó en manos
de quien tanto deseaba.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.